

que, unido á la noticia de que fray Severo ha escapado con el dinero que tenian depositado en su casa, ha hecho tal efecto en la pobre muger, que la vá á costar la vida.

—¡Infelices!... es preciso socorrerlas; vámonos ahora mismo, acompañaime.

—¿Y te vas á dejar la casa sola para que te suceda otro tanto que á ellas?

—Tienes razon; pero afortunadamente ya están aquí los chicos, los he visto pasar por la reja.

En efecto, poco despues llamaron á la puerta; Marciana, que ya se habia puesto la mantilla, salió seguida de la tia Lentejas, y abriendo, dijo á sus hijos:

—Mira, Andrés: quédate al cuidado de la casa, y tú, Federico, acompañaanos, si no estás muy cansado, porque vamos á un barrio un poco solitario.

—¿Y qué van Vds. á hacer allí á estas horas? dijo Federico.

—No seas pregunton, le dijo su madre; si quieres venir, ven sin replicar: vamos á una obra de caridad.

—Corriente; ya estamos en marcha, dijo el jóven siguiendo con las dos mugeres por la calle arriba.



## CAPITULO X.



## La venta.



EN tanto llegan Marciana, Federico y la tia Lentejas á casa de doña Irene, esplicaremos á nuestros lectores lo que habia ocurrido á estas infelices mugeres; para ello es necesario que sigamos á Clodomiro cuando en la noche de su boda, viendo que se le escapaban los diez mil duros, saltó por la ventana, dirigiéndose inmediatamente á Madrid.

Su objeto fué averiguar si su desgracia era cierta, si no le quedaba esperanza de recobrar aquella cantidad: al efecto, conociendo que nadie mejor que su hermana Tránsito estaria enterada de aquel suceso, se dirigió á la colonia.

Eran las primeras horas de la madrugada y hacía bastante fresco, la estacion iba avanzando y naturalmente dejábase sentir su influencia. Sin embargo, Clodomiro no le sentia, abrasada su cabeza por la fiebre, por la desesperacion y por la impaciencia, hacía que su cuerpo se mantuviese tambien nerviosamente agitado.

Comprendiendo que en casa de sus abuelos no se habrían levantado aun, se propuso dar una vuelta alrededor de las tapias del jardín, esperando á que la puerta se abriese. Por fortuna, apenas habria dado tres ó cuatro vueltas, sintió la voz de su hermana que desde el jardín llamaba á uno de los chicos de Rita. Se acercó á la puerta falsa, llamando con suavidad, temeroso quizá de que otra persona que no fuese Tránsito le oyese.

Su deseo se cumplió; instantes despues, la dulcísima voz de la bondadosa niña preguntaba:

—¿Quién es?

—Yo, hermana mia; abre, soy Clodomiro.

La puerta giró sobre sus goznes, y los dos jóvenes se hallaron uno en brazos del otro.

—¿Vuelves á vivir con nosotros? ¿has conocido tu error? le preguntó la jóven mirándole con indecible ternura.

—Mis ideas siempre son las mismas; vengo á despedirme de tí, y á que me saques de una duda.

—¿Y dónde te marchas?

—A Venecia; voy á reunirme con Cristina.

—¿Luego sabes su paradero? ¿Con quién se fué?

—Con un jóven amigo mio que quizá será ya su esposo; tú le has visto conmigo alguna vez: es aquel rubio, pálido.

—¿Temistocles?

—Sí, el mismo, es un buen muchacho.

—¡Ay! ¡pobre hermana mia!.... exclamó Tránsito con dolorosa tristeza ¡en qué manos has caido!....

—En las mejores; yo te aseguro que será feliz, dijo Clodomiro con calor.

—¡Ay! no lo creas: ese jóven á quien tú has llamado amigo, llevaba pintada la perversidad en el rostro.

—Quizá te equivoques.

—Dios lo quiera; de todos modos, ahora me alegro que vayas á Italia, y léjos de procurar detenerte, te ruego que apresures tu viaje; ¡quién sabe si aquella infeliz necesitará de tu apoyo!....

—Pues yo voy á buscar el suyo; Temistocles debia recoger á su

llegada inmensas riquezas, y á su sombra siquiera estaremos bien y libres de la infamia que aquí nos amenaza.

—Acaso en lugar de riquezas, haya recogido Cristina desengaños.

—¡Estás fatalista como nunca!.... dijo Clodomiro con desagrado.

—Es que en todas partes veo peligros para nuestra familia, y cuando quisiera apartarlos de vuestra cabeza, hallo que os amenazan mas y mas.

—En fin, sufriremos con paciencia todas las calamidades que la fatalidad arroje sobre nosotros; yo estoy decidido á marcharme y lo haré si puedo adquirir dinero para el viaje.

—¿Entonces no cuentas con ningun recurso?

—Con tres ó cuatro duros que tengo en el bolsillo; ¡si tú no me ayudas!....

—¡Ay, hermano!.... ¡si supieras cuánto siento decirte que no poseo ni un maravedí!....

—¡Es extraño!.... ¿y las joyas que tenias?

—¿No recuerdas que escapé de casa, sin mas que el traje de diario?... y luego no he querido admitir dádiva ninguna de la condesa, viviendo únicamente de la pension que concede á los abuelos.

—¡Qué tonta!.... tú sí que has tenido la fortuna en la mano y la has dejado escapar.

—Lo siento por tí.

—Y dime: ¿sabes tú qué ha sido de D. Severo? nadie mejor que él podria sacarme del apuro en que me hallo.

—Pues no cuentes con él, porque ha desaparecido de la corte quizá para siempre.

—¡No me habian engañado!.... murmuró el jóven con acento sombrío y con un aspecto de disgusto tan profundo, que alarmó visiblemente á su hermana.

—Pero es hombre cuyos horribles crímenes ha descubierto la autoridad. ¿Tenia dinero tuyo? preguntó Tránsito.

—¡Ya lo creo!.... contestó el jóven muy preocupado.

—Entonces lo has perdido; ¿no te queda otro recurso?

—Sí, uno que voy á buscar en este momento; adios.

—¿Me dejas?... ¿No nos volveremos á ver?

—¡Quién sabe!... ¿Tú permanecerás siempre en esta casa?

—Mientras los abuelos vivan, estaré á su lado: es mi deber; cuando mueran, cerraré sus ojos y entraré en un convento; esta es mi resolucíon.

—No trataré de combatirla, porque no tengo una posicíon mas cómoda que ofrecerte; si la tuviera, no permitiría que la flor de tu juventud se marchitase tan lastimosamente entre dos cardos silvestres.

Tránsito iba á replicar, pero él la interrumpió diciendo con precipitacion:

—¡Ea! adios; te ruego que veas á nuestro padre; yo no quiero volver á la cárcel por evitarle el dolor de una despedida y por no sufrir el doloroso espectáculo que allí se ofrece á la vista.

—Iré, desde luego, iré; no he pensado nunca abandonarle; pero le he escrito y aguardaba que me llamase.

—No lo hará, porque su deseo es que no participemos de su pena.

—¿Y te ha hecho algun encargo particular?

—Sí, uno que no puedo cumplir á causa de mi viaje.

—Dímelo, y si en mi mano está, lo haré yo.

—Mucho mejor que en la mia. Me rogó que alcanzase para él de la condesa su perdon.

—¡Ay! Alejandrina es muy buena y le perdonará; desde luego confío llevarle tan buena noticia.

—Pues adios; no me olvides; dile que he ido á buscar á Cristina.

—Y nuestra pobre madre, ¿qué será de ella!....

—No lo sé; pero me figuro será mas feliz que nosotros.

—Tambien yo lo creo; si fuese desgraciada, hubiera venido á buscarnos, pues nuestros brazos están abiertos para todo el que sufre, con mas motivo para vosotros.

—¿Para mí tambien?

—Sí, hermano mio; cuando te hayas cansado de rodar en el

mundo sufriendo los vaivenes de una suerte siempre infausta y cruel, ven á esta apacible casa y encontrarás corazones que te amen y que te ayuden á implorar de Dios el perdon de tus faltas.

—Bien, mi querida Tránsito; volveré, ya que esta puerta no se cierra para mí totalmente. Tú siempre has de ser nuestro ángel de salvacion.

Los dos hermanos se abrazaron llorando: él resuelto á partir arrastrado por una inconcebible fatalidad; ella sin pensar en detenerle, porque imaginaba que su apoyo y su compañía sería útil á Cristina, á la que consideraba muy infeliz por no haber seguido la decorosa senda que marca el honor.

Por la primera vez de su vida sintió Clodomiro una viva emocion al separarse de su angelical hermana; acostumbrado á la depravada perversidad que envolvía su alma, no supo apreciar la atmósfera de virtud que rodeaba á la jóven y huyó buscando la dicha en otra parte, cuando la dejaba detrás.

Sin poder darse cuenta de aquel movimiento de su corazon, se alejó con paso rápido, no sin volver mas de dos veces la cabeza para mirar á la triste niña, que apoyada en el dintel de la puerta, quedó derramando tristes y abrasadoras lágrimas.

Ella, tan pura como un ángel, tenia siempre lágrimas en los ojos y duelo en el corazon, su destino era sufrir por las culpas de su familia; siempre la inocencia es la víctima de los malvados.

Clodomiro llegó á Madrid dispuesto á realizar una idea que bullia en su cabeza desde que abandonó la casa de campo donde unió su suerte á la de la pobre Atilana.

Hé aquí sus reflexiones:

—Por ellas he gastado todo mi dinero, que me bastaba para este viaje, y ahora me encuentro chasqueado, perdido. ¡Oh! pues que lo paguen. Es preciso, absolutamente preciso llevar á cabo esta idea, que bien mirado no es un robo, puesto que yo solo quiero recobrar los doscientos duros, producto de las joyas de mi madre, que dejé empeñadas en casa de aquel maldito usurero D. Judas. Y en verdad que no sería malo, ya que voy á estar en la puerta, hacer una visita á este viejo prestamista; puede que me dé algo mas dicién-

dole que se quede con las joyas en venta. No es mala idea; vamos allá, que para vender á la prendera de enfrente todos los muebles del cuarto de mi suegra, tiempo tengo.

Estos eran los pensamientos que agitaban á Clodomiro, que concibió sin duda al encontrarse con las llaves de la casa que habitaba doña Irene, en la calle de Lavapiés. Esta señora, que no podía abrigar la menor idea de desconfianza, se las dió para que al mismo tiempo que practicaba las oportunas diligencias para su boda, diera una vuelta por allí, viendo si todo estaba como ellas lo habian dejado. Lo cual, dicho sea de paso, no se acordó de ejecutar, conservando sin embargo en el bolsillo las llaves que debian ser mas tarde su puerto de salvacion.

Al efecto se presentó en la calle de Lavapiés; apenas le vió Juanilla, la muger de Juan Cortante, que estaba á la puerta de su taberna, dijo á su vecina la prendera de enfrente, que conversaba con ella:

—Mira, chica: por allí viene el novio de la Atilana, esa chica tan remilgada que vive con la bruja de su madre aquí arriba en el cuarto segundo.

—¡Y es verdad!.... algunas veces le he visto con ellas; ¿y sabes que no es feo?

—Ya lo creo; solamente que tiene cara de *renegao* y no puede ser bueno.

En esto llegó nuestro jóven adonde estaban las dos mugeres. Juanilla se apresuró á preguntarle:

—¡Hola, señorito! ¡buenas tardes!.... ¿se ha casado V. ya? ¿y doña Irene y su hija?

—Buenas; han quedado allá en la posesion.

—¿Pero ya es V. su marido? le dijo la prendera.

—Sí, señora, contestó el jóven, que veia la ocasion como llovida del cielo; y me han dado un encargo para V.

—¿Para mí?.... dijo ella sorprendida.

—Justamente, para la dueña de aquella prendería, ¿no es V.?

—Sí, señor, servidora suya; veamos en qué puedo complacerle.

—Ahora se lo diré; voy primero al cuarto principal.

—¿Busca V. á D. Judas ó á Tragabombas? dijo Juanilla.

—A D. Judas; ¿por qué lo pregunta V.?

—Porque no hay nadie; el cuarto está cerrado y los pájaros escaparon.

—No entiendo lo que quiere V. decir.

—Muy sencillo: D. Judas y Tragabombas fueron á robar á un palacio; allí riñeron los dos; y Tragabombas, que tenia malos humos, cogió al pobre viejo y lo estrelló contra una fuente; acudió la justicia, y solo encontraron el cadáver, porque el bribon del asesino, ¿sabe V. lo que hizo? venirse, coger todas sus alhajas y cuanto halló de algun valor y escapar, sin que le hayamos vuelto á ver el pelo.

Juanilla, al hacer este relato, omitió la participacion que su marido habia tenido en el robo; el que se libró de las sospechas que naturalmente recayeron sobre Tragabombas como Pedro Torres, ó sea D. Judas, vivia con él, por haberse marchado á Valencia, esquivando así las pesquisas de la autoridad.

—Entonces, señora, puesto que no está el que buscaba, suba V. y nos entenderemos, dijo Clodomiro á la prendera.

—Vamos allá, dijo ésta entrando la primera en el portal.

—Chica: quieres que te acompañe, dijo Juanilla, que rabiaba por enterarse de los secretos ajenos.

—Por mí con mucho gusto; si este caballero consiente....

—Sí, sí, suba V., se trata de vender todos los muebles que adornan el cuarto de mi suegra, porque nos marchamos al extranjero á pasar la luna de miel, y á nuestra vuelta renovaremos todo el mueblaje.

—Vaya si lo compraré; sí, señor; y bien sabe doña Irene que ninguna prendera de Madrid se los pagará mejor que yo.

—Por eso me ha dicho sin duda que llamase á V. antes que á otra, dijo Clodomiro abriendo la puerta.

Las dos mugeres pasaron á la sala, y despues de varias vueltas y de enterarse del estado de los muebles, preguntó la prendera:

—Y dígame V.: ¿se vende todo?

—Sí, señora, hasta los clavos; si hemos de dejar el cuarto, no hace falta que quede nada.

—Y bien: ¿cuánto quiere V. por todo?

—Doña Irene me ha dicho que ya podría V. darme diez mil reales, porque tiene cosas de mucho valor.

—Es verdad; pero también es mucho dinero diez mil reales.

—En fin, si V. no quiere, llamaré á otra, dijo Clodomiro, que deseaba despachar cuanto antes.

—No seas tonta; si vale doble, la dijo al oído Juanilla: tú no ves que hay una porción de baules con ropas, y buenas camas con colchas de damasco y sábanas de encaje..... sin duda se ha equivocado y no sabe lo que pide; si no te quedas con ello, mé quedo yo.

—¡Quiá!..... ésta ganga es para mí, dijo la prendera; luego alzando la voz, repuso: si me rebajase V. siquiera un par de mil reales.

—Ni un maravedí; me han dado esa orden y nada puedo hacer.

—Pues mire V., es carillo; en fin, veremos; voy á contar con mi marido.

Clodomiro, que empezó á comprender que habia pedido poco, exclamó:

—Advierto á V. que tengo prisa, y que no admito dilaciones de ninguna clase.

—¡Ea!.... qué impaciente es V.; pues véngase conmigo y si á mi marido le acomoda, está hecho, le entregaré el dinero.

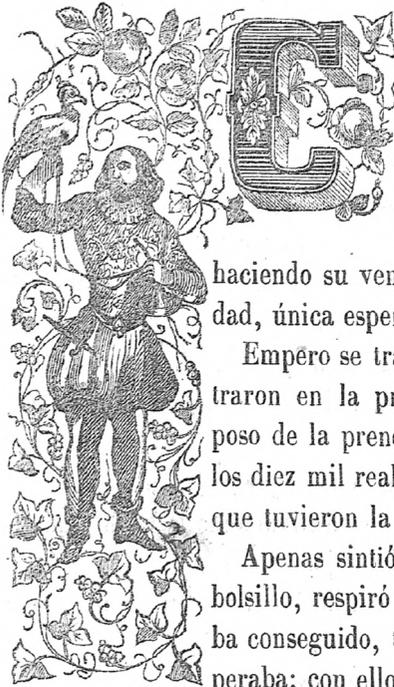
—Vamos, pues, dijo el jóven cerrando la puerta y volviendo á bajar otra vez seguido por las dos mugeres.



## CAPITULO XI.



Continúa el anterior.



LODOMIRO sentia una especie de receloso temor que le hacía estar inquieto, figurándosele que á cada momento iban á presentarse doña Irene con su hija, des-

haciendo su venta y dejándole sin aquella cantidad, única esperanza de su futura fortuna.

Empero se tranquilizó algun tanto cuando entraron en la prenderia, y en presencia del esposo de la prendera realizó la venta, recibiendo los diez mil reales, y dando en cambio un recibo que tuvieron la prevision de exigirle.

Apenas sintió caer las monedas de oro en su bolsillo, respiró con mas libertad; su deseo estaba conseguido, tenia dinero, mas de lo que esperaba; con ello iba á visitar la Italia, á reunirse con Temistocles y á pasar la vida alegre, entregándose á todo género de placeres. Él no reflexionó se quedaban en la mas espantosa miseria dos pobres mugeres, cuyo único delito habia sido su necia vanidad, su deplorable afan por elevarse á una esfera que no las correspondia.

Brevísimos momentos se detuvo en la prendería el aristócrata joven, que impulsado por los malos instintos de su corazón, se había convertido en un miserable.

Apenas terminado su negocio, corrió sin detenerse á preparar su viaje, que efectuó inmediatamente, temeroso de las consecuencias que pudiera tener su mala acción.

En tanto doña Irene agonizaba en la quinta de Cienpuzuelos, prostrada en una cama y entregada á un dolor sin límites; no bastaban para consolarla las prudentes reflexiones de las personas que la rodeaban ni las caricias de su hija, que aunque sintió mucho aquel golpe, no fué tanto, porque no la hirió en el corazón, sino en su amor propio, en su vanidad de muger, y ya se sabe que las heridas de este género suele curarlas el desprecio.

Atilana comprendió demasiado tarde que Clodomiro no la amaba, ni ella le amaba á él; esta es la verdad; si convino en los deseos de su madre, fué porque, acostumbrada á respetar su despótica voluntad, no tuvo fuerzas para resistir, teniendo también mucha parte en su sumisión el ver halagado su orgullo, lisonjeada con la idea de enlazarse á un caballero de tan alta clase.

El desengaño fué demasiado cruel; doña Irene estuvo á punto de perder el juicio, y si llegó por fin á tranquilizarse algún tanto, fué con la idea de encontrar al pérfido joven que abandonaba á su muger en el momento de casarse, tomando en él una venganza terrible.

Este pensamiento la dió fuerzas para dejar el lecho y para trasladarse á Madrid, donde llegaron efectivamente la tarde que por casualidad fué á visitarla la tía Lentejas.

Al apearse del coche en la puerta de su casa, dijo Atilana á su madre:

—¡Ay, mamá! ¡si no tenemos las llaves!...

—¡Es verdad!... que se las dí á ese pérfido, dijo doña Irene; pero en mi bolsa de viaje debe haber otro picaporte; búscalo, puede que nos baste; pues si él ha venido á casa, no se habrá cuidado de echar la llave.

—En efecto, aquí está, dijo Atilana sacándole; no sé por qué

tiemblo subir á nuestro cuarto; ¿si encontraremos aquí á Clodomiro?....

—¡No lo quiera Dios!.... prefiero su ausencia, su abandono, á ver cerca de mí y dueño de mi hija á un hombre cuyo padre vá á morir en un cadalso.

—¡Ay, madre mia!.... ¡cuánto mejor hubiera sido el pobre ebanista, cuyo amor tan puro, tan noble, he despreciado cien veces, que no este falso marqués que nos ha hecho desgraciadas, arrojando la deshonra sobre nuestra frente!....

—¡Qué dices!.... Federico no era digno de tí; tú merecias mas.

—¡Pero hé aquí lo que he conseguido!....

—¡Ea! déjate de conversaciones; abre, que estoy deseando descansar; ¡ojalá nunca hubiéramos salido de nuestra casa.

Atilana metió la llave en la cerradura poseida de un temblor nervioso; la puerta cedió en seguida; pero en aquel momento, y antes de que hubieran tenido tiempo de pasar á la sala, escucharon en la escalera la voz de Juanilla y de la prendera, que habiéndolas visto apearse del coche, subian tras ellas exclamando:

—¡Señoras!.... ¡señoras!.... ¡dónde van Vds., si el cuarto está desalquilado!....

Doña Irene, apenas estuvo la puerta abierta, tendió una mirada en su derredor y notando la falta de los muebles, se precipitó á la sala, al gabinete y á las demás piezas, volviendo á encararse con la prendera y exclamando con una voz ronca gutural:

—Pero ¡qué es esto!.... ¡me han robado!....

—¡Señora!.... dijo la prendera ofendida; la venta se hizo en regla; aquí está el recibo, y Juanilla presenció la operacion.

—Pero ¡qué venta!.... ¡Dios mio!.... yo voy á volverme loca.

—La de los muebles y efectos de esta casa, que por diez mil reales he comprado á su yerno de V., D. Clodomiro Perez.

—¡Él!.... ¡el infame!.... ¡nos ha despojado de todo!.... gritó doña Irene rechinando los dientes y cayendo desplomada sobre el pavimento.

—¡Ay, madre mia!.... ¡solo este golpe nos faltaba!.... dijo Atilana.

lana arrojándose sobre su madre, queriendo volverla á la vida con sus lágrimas y sus caricias.

Entonces fué cuando llegó la tia Lentejas, la prendera se fué inmediatamente á dar parte á la autoridad de lo que ocurría, y Juanilla, apresurándose á llamar á un médico y á subir de su casa todo lo necesario para la asistencia de la pobre muger, permaneció con ellas, prodigándolas sus atenciones.

Cuando llegaron Marciana, la tia Lentejas y Federico, acababa doña Irene de recibir los sagrados auxilios y entraba en una penosa agonía.

¡Las infelices, qué caro habian pagado su orgullo! el cuadro que presentaban partía el corazon del mas indiferente. Figuraos, lectores míos, en una sala grande, desamueblada, como todo el resto de la casa, un colchon tendido en el suelo, y sobre él, cadavérica, agitada de horribles convulsiones á la pobre anciana, que las ansias de la muerte presentaba con toda su espantosa fealdad. A su derecha Atilana gemia desesperada, á su izquierda un sacerdote con una vela en la mano murmuraba en voz baja la oracion de los agonizantes; Juanilla, la muger del torero, iba y venia de uno á otro lado sin saber qué hacer en un caso tan desesperado.

La estancia casi á oscuras, iluminada solamente por la escasa luz de una vela, presentaba un aspecto tétrico y aterrador cuando entraron Marciana y la tia Lentejas.

Federico, apenas comprendió lo que pasaba en aquella casa, que le fué referido antes de subir por la prendera y una porcion de vecinas que se habian agrupado á la puerta de la calle, subió precipitadamente; pero léjos de presentarse á la vista de Atilana, se escondió en uno de los rincones mas oscuros del aposento, desde donde pudo contemplar con desconsoladora tristeza y pálido de indignacion la escena que á su vista se ofrecía. Sus ojos llenos de lágrimas, no se apartaban de Atilana, murmurando en su interior:

—Me despreciaste por él; te parecia poco un ebanista, y preferiste un marqués.... ¡ay! ¡cuán poco nos conocias!.... ¡yo con ser

un artesano, no hubiera ejecutado jamás la infamia que ha llevado á cabo el aristócrata!....

Las mismas ideas cruzaron por la mente de Atilana; en su profundo dolor, mas de dos veces pensó en el jóven ebanista, que la amaba y que habria dado la vida por ella.

—¡Cuán léjos estaba de imaginar que le tenia á su lado y que su misma cariñosa madre, á quien Atilana no conocia, la prodigaba mil consuelos!....

¡Santa y noble Marciana!.... como si la caridad la embelleciese haciéndola simpática á todo el mundo; así, en cuanto la desgraciada niña fijó sus nublados ojos en aquel semblante dulcísimo y espresivo, adivinó en ella una madre, una protectora, y arrojándose en sus brazos, desahogó su dolor en su amoroso seno.

La tia Lentejas se arrodilló con el sacerdote, y sacando su rosario, se puso á rezar tambien, adivinando que á la pobre enferma le hacian ya mas falta los auxilios de la religion, que los de la ciencia.

En efecto, la palidez de la muerte se habia extendido sobre su rostro, y en su agitado pecho resonaba el ronco estertor de la agonía.

De repente, como si una luz vivísima hubiera iluminado su apagada inteligencia, abrió los ojos, tendió en su derredor una mirada clara y fulgente, y examinando á las personas que la rodeaban, se fijó en Marciana, que tenia abrazada á la triste niña.

—¡Señora!.... dijo con una voz lenta y apagada, quien quiera que V. sea, yo la ruego que no desampare á mi hija; ya que sus brazos la han prestado apoyo momentáneamente, préstensele mientras exista: se queda sola en el mundo, pobre, desamparada y sin un seno amigo donde apoyar su cabeza.....

—¡Madre mia!.... exclamó Atilana desprendiéndose de los brazos de Marciana para apoderarse de la helada mano que la enferma la tendia.

Ésta agotó su aliento en aquel esfuerzo supremo y calló sin poder continuar su súplica.

Marciana la dijo con evangélica dulzura:

—He venido á esta casa, impulsada por la caridad; no conozco á Vds., pero todos los desgraciados son mis hermanos, y la prometo en esta hora solemne que su hija encontrará en mí una madre y en mis hijos unos hermanos.

—¡Ah! ¡tiene V. hijos!.... entonces comprenderá mi dolor al dejar á la mia sola en el mundo, murmuró la enferma.

—Sí, señora; comprendo el amor de madre y el deber que nos impone; por lo tanto puede V. entregarse tranquila en brazos del Señor, segura de que su hija será todo lo feliz que yo pueda hacerla.

Atilana, que hacía penosos esfuerzos por contener su emoción, quiso llorar y no pudo, siendo acometida de una pequeña congoja.

Marciana buscó con la vista un poco de agua, y viendo una jarra en el suelo cerca de donde estaba Federico, le dijo á éste:

—Hijo mio: alcanza un poco de agua.

Federico tuvo necesidad de acercarse, y la enferma, que en el momento de la muerte recobró toda su inteligencia, exclamó así que le vió:

—¡Cómo! ¿es V. madre de este jóven?

—Sí, señora: ¿le conocia V.? dijo Marciana.

—¡Ah! ¡Dios mio!.... ¡cuánta es tu sabiduria!.... murmuró doña Irene elevando las manos y los ojos al cielo; luego, dirigiéndose á Federico, exclamó:—Perdona, noble jóven, nuestros desprecios, ó mas bien, los míos, porque mi hija te amaba; perdónanos: ciegas por el orgullo, no comprendimos que desdeñando la virtud, acogíamos el vicio.

Marciana, sorprendida, miró á su hijo, que bajó la vista avergonzado, miró á la enferma, y por último á la jóven, que volviendo en sí, reconoció á Federico, y dando un grito, volvió á caer desmayada.

—Pero, ¿qué hay aquí? ¿tú conocias á estas señoras? dijo Marciana á Federico.

—Sí, señora, contestó éste: ví á esta señorita, la seguí por todas partes, la amé como un loco y por último la declaré mi amor;

pero me contestó que aspiraba á un destino mas alto que al de ser la esposa de un ebanista; esto me hirió en lo mas sensible del alma y me retiré lleno de dolor, sin que hasta hoy haya vuelto á verla.

—Esa es la verdad, señora; le despreciamos por el hombre infame que nos ha sumido en la desgracia, abandonando á mi pobre hija en el instante de su casamiento. ¡Ah! por favor, perdone V. nuestro desden, y no se venga cuando nos vé abatidas.

—En nuestro pecho no cabe la venganza, dijo Marciana; lo mismo antes que ahora, su hija lo será mia, yo la prometo mi proteccion y mi apoyo.

—Y yo haré que su esposo la haga feliz, ó le arrancaré la vida, dijo Federico.

—¡Oh, almas generosas!.... exclamó conmovida doña Irene.

Pero semejante escena debia precipitar su muerte; sus fuerzas se agotaron, y volviendo á cerrar sus ojos, solo pudo articular en entrecortadas frases estas palabras:

—Perdon..... Dios mio, apiadaos de mi alma..... Federico, perdon..... Señora, mi hija..... se queda so.....la..... protejedla..... Virgen del Cármen..... Dios piadoso..... perdon.....

Sus lábios se cerraron, el estertor de su pecho creció, concentrándose en sus ojos toda la fuerza de su vida. Sus miradas fulgurantes, pero con una espresion triste y desgarradora, seguian fijándose en Federico y Marciana, recomendándoles á la triste huérfana, que yacía sin sentido sobre la falda de su nueva madre adoptiva.

Poco despues la luz de sus ojos se apagó tambien, cesó el estertor, abriéronse sus lábios y exhalaron en un suspiro el resto de vitalidad que se habia concentrado en sus ojos.

—¡Ha muerto!.... ¡Dios haya recogido su alma!.... dijo el sacerdote empezando á entonar en voz alta la oracion fúnebre.

Marciana se levantó y con la ayuda de Federico, levantaron á la pobre Atilana, que continuaba sin sentido, y la llevaron á la habitacion de una vecina, donde pasó la noche en un estado alarmante.

Cuando volvió de su desmayo, fué acometida de una fiebre acom-

pañada de un delirio fuertísimo, que puso en peligro su vida.

Marciana, Federico y la tía Lentejas no se apartaron de la cabecera de su cama, ni abandonaron el cadáver de la infeliz doña Irene hasta que al día siguiente fué conducido al cementerio, sufragando ellos todos los gastos que ocasionó el entierro y la enfermedad de la jóven, que no estuvo en estado de conocer los beneficios que les debía hasta veinticuatro horas despues de haber sido enterrada su madre.

Quando se apercibió de su desgracia no pudo menos de llorar, al propio tiempo que la pérdida de su madre y de su fortuna, su fatal ofuscacion, que no la permitió conocer la nobleza de alma que encerraba el corazon del ebanista y los pérfidos sentimientos que abrigaba el distinguido marquesito.



## CAPITULO XII.



### Noticias.



VANZABA el otoño: los árboles empezaban á perder el verde follaje que les daba magestad y galanura, sintiendo que el aquilon embrevado arrancaba las hojas de su tronco haciéndolas rodar á su capricho, ya formando variados remolinos, ya recorriendo en rauda vuelo la yerta campiña hasta sumergirse en la plateada corriente de los arroyos.

Los frutales habian concluido de rendir su tributo anual, dando á la tierra su sabroso fruto; las plantas, cansadas de producir lozanas flores, iban tambien acercándose al triste estado de la inercia, de la esterilidad y dejaban que se marchitase su pomposo ramaje con la esperanza de renacer con la primavera llenas de vigor y de juventud.

¡Ay! debe ser muy bello morir, para volver á la vida, para volver á disfrutar siempre jóvenes y lozanas una existencia llena de encantos y placeres.

Así la humana naturaleza sigue en su carrera transitoria hasta tocar con la nieve de la vejez; entonces, aterida, yerta, contempla ante su planta una tumba, esa tumba es el término de nuestra vida; caemos en ella reposando de las fatigas del mundo, y despertamos mas allá á la plácida luz de otra existencia mas bella, respirando el ambiente de una eterna primavera y reverdeciendo en otro mundo mejor, como en este reverdecen cada año las plantas y las flores.

—¡Ah! sin esta creencia, ¿qué sería de nosotros?... ¿quién puede negar que existe un mas allá tras de la tumba? ¿Acaso el alma puede morir? El espíritu, ese soplo divino, ese augusto destello de la mirada de Dios, no es posible que se estinga jamás, y al romper sus ligaduras en la humana cárcel que le aprisiona, vuela al seno que le dió sér, donde debe rendir cuentas de sus destinos en el mundo.

Perdona, querido lector, si me estravió. Al contemplar las flores que mueren y vuelven á nacer, se me ocurrieron las reflexiones que anteceden, y contra mi costumbre, las estampé en el papel; bien sabes que no soy amiga de digresiones y que si alguna vez me detengo, será, como ahora, porque hay gritos del alma que no se pueden reprimir. Este ha sido uno; lo que he dicho lo siento escrito en mi corazon, son mis creencias, son mis ilusiones; yo creo en la inmortalidad del alma, sé que hay otro mundo donde brilla el sol de la eterna justicia y donde se premiarán las virtudes, castigando los vicios; sé que todos los corazones cristianos piensan del propio modo y que esta idea, arraigada en el espíritu humano, hace germinar la virtud, entronizando en todas las almas la hermosa luz de la esperanza y de la fé.

Si mis ideas, demasiado serias, te han puesto taciturno, amigo lector, vuelve á tu buen humor y escúchame, pues vamos á proseguir la narracion de los enredados sucesos de esta historia, que vá tocando á su fin, y que iremos desenlazando del mejor modo posible.

Conozco que estarás impaciente por saber el paradero de los personajes que en el curso de sus aventuras han seguido cada cual un

rumbo distinto; pues bien: voy á satisfacer tu curiosidad presentando á tu vista reunidos, sino todos, la mayor parte, á fin de que puedas comprender el desenlace con mas claridad.

Era casi á fines de Octubre.

Alejandrina habia cumplido la mision que la trajo á España y preparaba su viaje, que debia efectuar sola, acompañada solamente de un reducido número de sus mas fieles servidores.

Llevaba muchos dias entregada á un dolor sin medida, á un alejamiento penosísimo, á una especie de insomnio que la tenia en un delirio continuo.

Sabemos que la misma noche que entregó al doctor el documento que acreditaba su muerte, vió á fray Benigno y se separaron resentidos el uno del otro, si resentimiento puede llamarse al pesar que sintió el misionero al adquirir la conviccion de que su hija sufría, de que era desgraciada, de que habia en su vida un misterio terrible, que él no podia saber, porque ya no le dispensaba su confianza.

Por su parte tambien Alejandrina se resintió viendo que su padre adoptivo, el noble sacerdote que fué su escudo en las tempestades del mundo, que la protegió en su desgracia, amándola siempre como á una hija tiernísima, no queria continuar amándola del mismo modo, ni queria habitar bajo su mismo techo, ni compartir con ella el peso de los inmensos negocios que la abrumaban.

No era posible que el sacerdote adivinase lo que pasaba en el fondo de aquella hermosa muger, tan noble, tan buena, tan magnánima, y que sin embargo, ni con su opulenta riqueza, ni con la conciencia de su bondad podia ser feliz, porque llevaba un dardo agudo en medio del corazon.

Ella no podia revelar al misionero aquel terrible secreto, no podia decirle la causa de su desgracia, de su desesperacion, de su inmensa amargura, y estaba condenada á sufrir su resentimiento sin la esperanza siquiera de verle un dia desvanecido.

Por eso no volvió á verle, se encerró en sus habitaciones, negándose completamente para todos, sin escepcion de ningun género. Ni el doctor, por mas que lo pretendió, ni el conde, ni Guillermi-